

# Un cuarto a planes monetarios

Por GERMAN BERNACER

Parece que esa costumbre de estrecharse las manos entre amigos y conocidos toma su origen de tiempos ancestrales, y en un principio tuvo significación más positiva. En aquellos tiempos de hostilidad, al ir un individuo al encuentro de otro en actitud amistosa, para demostrarlo, le entregaba en señal de paz la mano derecha, que el otro asía, garantizándose así ambos contra toda posible agresión a puñetazos y bofetadas. Era una especie de pacto de no agresión, con garantías, a la moda de tiempos en que las precauciones no estaban seguramente de más. Ahora que las agresiones son de otro tipo, el ademán ha quedado reducido a un puro símbolo.

Esta anécdota costumbrista me la traen a la memoria los proyectos monetarios de los países anglosajones para después de la guerra. Se me antoja al leerlos que tienen una interpretación parecida al apretón de manos en su primitiva significación: tan amigos en lo económico como en lo demás, pero, por si acaso, agarrémonos las manos.

Recordemos, para explicarnos esto, que la lucha comercial, después de que la Gran Bretaña se liberó de la cadena del oro en 1931, no se ha planteado en el terreno de la defensa del valor de las monedas, sino en el de su depreciación. ¡Manes de quienes en nuestro país creían que no había labor más importante y patriótica que defender el cambio de la peseta, y en ese altar lo hubieran sacrificado todo.

La rivalidad se planteó precisamente entre los países del área de la libra y los del área del dólar. Inglaterra soltó la amarra del oro al no poder resistir la presión que ejercían sobre su economía de consuno los altos costes, los bajos precios exteriores y el cambio fijo con el dólar. Y dejó el cambio libre, perdiendo la libra en poco tiempo un tercio de su valor. Norteamérica sintió el golpe de la mayor competencia de los productos ingleses, favorecidos por el cambio, en el mercado internacional, y simultáneamente con otras medidas intervencionistas internas más bien perjudiciales, devaluó en 40 por 100 aproximadamente el dólar, quedándose en cartera, por si hacía falta, con un 10 por 100 más a la expectativa de lo que hiciera Inglaterra con su fondo de regulación, que era procurar que la libra no subiera por encima del cambio que estimaba conveniente para el equilibrio de su balance de pagos y la defensa de su comercio de exportación, comprando al efecto oro y dólares el cambio manifestaba tendencia alcista en favor de la libra. Lo contrario precisamente de lo que hubiera hecho un partidario del alto valor de la peseta de hace quince años.

Hubo entonces agudos temores de que se llegara a plantear una guerra de devaluaciones, de modo parecido a como se encendían antes las guerras de tarifas aduaneras. La flemma anglosajona impidió, sin duda, se llegara a un extremo que no sabemos adónde hubiera conducido. También contribuyó a ello el que mejorara la coyuntura, en gran parte a causa de las devaluaciones operadas que permitió un alza moderada de los precios.

Pero desde entonces han vivido estos dos países amigos y rivales con la fobia de esa competencia de devaluaciones monetarias. Y me parece a mí que esa fobia es uno de los factores importantes que ha contribuido a inspirar tales planes. Tratan con ellos de darse una garantía mutua de que no habrá trompazos monetarios y de paso, vigilarse, así como a los demás países satélites, a los que procurarán atraer hacia su constelación monetaria.

Es frecuente, después de una dura prueba como la que estamos atravesando, que los planes de reorganización y reconstrucción para después se inspiren en anhelos y temores nacidos al calor de impresiones y experiencias tenidas antes, cuando las condiciones del mundo eran diferentes. Se cae en el irracionalismo de creer que lo que fué compatible con una relativa prosperidad, lo va a ser también después, cuando ya todo ha cambiado. Este error es muy propio del empirismo inglés.

¡Cuántos esfuerzos y cuántos sacrificios hizo Inglaterra después de la otra guerra por restaurar el orden de antes, sin percatarse en mucho tiempo y quizá sin haberse percatado todavía del todo, a lo que parece! El fracaso de la paz ha dependido en gran parte de esto. ¿Se cometerá otra vez el mismo error en el caso de una victoria anglosajona?

Una de las cosas que habían variado esencial-

mente era la elasticidad de los mercados para adaptarse a nuevos precios y para obedecer a las influencias monetarias de tipo clásico. Las reglamentaciones del trabajo que se introdujeron después de la guerra, jornadas máximas, salarios mínimos, socorros de paro, contratos de trabajo, seguros obreros diversos. Todo esto tiene una consecuencia: limitar la elasticidad de los costes. Antes, frente a condiciones difíciles en el desarrollo industrial, tiempos malos, poca demanda, precios en baja, el productor podía reducir sus costes haciendo la jornada más larga, reduciendo el salario de sus obreros, procurando defenderse del paro por economías en la producción. Ahora, no se puede hacer eso, hay que continuar con los mismos costes o cerrar. Por eso, el paro ha tomado proporciones enormes después de la guerra, como nunca las tuvo antes.

Muy lejos de mi ánimo defender lo antiguo. Sin duda hay un gran progreso en favor del trabajador, que es muy de estimar. Pero no se trata de emitir juicio favorable o adverso sobre esta materia. Se trata simplemente de darse cuenta del cambio operado, y de qué consecuencias ha de tener esto en la marcha de las cosas.

El patrón oro se basaba, como ya he dicho repetidas veces a lo largo de estos artículos sobre materia monetaria, en que el juego del oro operaría alteraciones de los precios en los mercados nacionales para corregir los desequilibrios que se produciran en sus balances de pagos. Pero ahora ya no está tan fácilmente en manos de los empresarios el adaptarse a precios más bajos; está ligado por demasiados reglamentos y contratos para eso.

del mundo  
multifin



¿Qué pasa, pues? Que si hay poca demanda, que si los precios bajan y no resultan remuneradores, tiene que paralizarse su producción, y muy a menudo lo que antes era una depresión que se pasaba mal que bien, ahora es una grave crisis.

Por eso el patrón oro, que nunca ha sido un sistema perfecto, ahora funciona peor, porque los precios interiores de los países se resisten a bajar, y los países que se sitúan en una fase comercial adversa, se vacían totalmente de oro sin que las cosas se enmienden. El sistema encalla, como encalló antes en los países agrícolas por otras causas que venían a resolverse en efectos parecidos.

Después de esta guerra, es de esperar que las cosas empeoren en ese sentido que señalamos. Ya se anuncia el proyecto Beveridge, que es un esfuerzo de la legislación protectora del trabajo y cuyo efecto, que ojalá sea tan benéfico en otros aspectos como esperan sus promotores, han de aumentar la inflexibilidad de los costes, lo cual dificultará más el funcionamiento del patrón oro y de cualquier sistema de cambios fijos.

Verdad es que los sistemas que se proponen no son ya el patrón oro automático, sino un patrón oro intervenido. Ni siquiera representa la fijeza absoluta del cambio, puesto que se admiten variaciones de paridad. Pero esos cambios de paridad han de venir a *posteriori*, cuando quizá sea ya tarde; se ha de reunir el cónclave, deliberar y votar; ha de haber una mayoría copiosa. Mal está el enfermo que depende de una junta de médicos.

Y luego nos quejábamos con las monedas fluctuantes de las especulaciones que se hacían a base de ellas cuando se las veía en peligro de caer. ¿Qué especulaciones no se desarrollarán cuando hayan de transcurrir días o meses desde que se advierta el peligro hasta que se aplique el presunto remedio?

Todavía hay más que decir. Pero la materia es larga, y el papel, escaso. Quédese el resto para otro día.